

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA DE LA
GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DIRECCIÓN DE

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA

TOMO I



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 277

Carta del marqués de Rayas al señor Iturrigaray sobre la situación que guarda la Nueva España

Señor don José de Iturrigaray.

México y Noviembre 12 de 1810.

Mi más estimado amigo, dueño y señor.

Comienza la carta por cosas particulares.

La insurrección de este reino, cuya noticia llegará a esa por muchos conductos, dio principio en el despreciable pueblo de Dolores, lo que no es extraño cuando allí estaba el germen de ella en su cura párroco don Miguel Hidalgo Costilla, hombre, de gran literatura, y bastísimos conocimientos en todas líneas, especialmente en política estadística, habiendo merecido siempre la calificación de ser de las primeras, sino ya la primera cabeza del obispado de Valladolid, donde lograba por lo mismo las mayores estimaciones, y distinciones de todos los obispos, y verdadera, y estrecha amistad con el actual señor Abad, y Queipo. Tomando éste pues, por compañeros a los capitanes del regimiento de la reina, don Ignacio Allende, y don Juan Aldama empezó sus correrías ocupando sin resistencia, y sí con buena acogida del pueblo, a San Miguel el Grande, Celaya, Acámbaro, Maravatío, Silao, León, Irapuato, y Guanajuato. En esta ciudad, única que de antemano se dispuso a resistir la ocupación de los insurgentes, lo verificó el día 28 de septiembre en que el ejército de ellos entro allí, constando su fuerza de 25 a 30.000 hombres. El intendente Riaño, que con torpeza constituyó fuerte o castillo la nueva casa de la Alhóndiga (edificio grandioso de que hará usted memoria, que está al costado de los betlemitas, y le faltaba poco para

concluirse cuando usted lo vio) se encerró en él, con la mayor parte de los europeos vecinos de la ciudad, todos armados, y el batallón de infantería. Desde allí con el fuego de la fusilería, el de algunos pedreros, y granadas hicieron resistencia por espacio de cuatro horas, que tardaron en vencer los insurgentes las puertas del castillo, cuyo ingreso decidió la batalla, fusilando y pasando a cuchillo la mayor parte de su guarnición. Murieron en el acto el intendente y otros ciento seis europeos, entre ellos don Francisco Iriarte, mi administrador que fue de la mina de Rayas, quedando el resto de ellos heridos, y prisioneros. A esto siguió el saqueo de las casas, tiendas, y haciendas de beneficio de plata, pertenecientes a europeos, respetando únicamente las posiciones de los criollos. En porte del saqueo entraron los caudales de Real Hacienda con la pérdida también de algunas alhajas de Iglesia y particulares; los archivos de cabildo, y cajas reales originase esta pérdida de la indiscreción del intendente de recoger todo esto en su denominado castillo, la cual yo he llamado ratonera. Él, pago con la vida; pero hizo sacrificar la de muchos, e igualmente sus intereses y los de toda la ciudad, que dependiendo de las minas, éstas quedan enteramente paradas; y lo mismo las haciendas de beneficio de plata; de donde es fácil sacar la consecuencia de las resultas contra todo el reino cuya opulencia consiste casi sólo este ramo.

Yo quisiera tener tiempo, y también la libertad civil necesaria, que aquí nos falta, para formar a usted un sistema crítico, tal cual lo concibo, acerca de esta insurrección, el desgraciado término, que calculo ha de tener. Parecía muy remoto que un reino tan unánime en sus sentimientos de lealtad, fidelidad y amor al rey llegara a verse envuelto en las desgracias de la rebelión. Quizá nada hubiera habido si los gobiernos que sustituyeron al que usted se le usurpó, hubiesen atinado con los medios conducentes a nuestra tranquilidad que jamás creo, yo, se habría alterado, si a todos se nos hubiese dado una confianza

reciproca, un amor mutuo, un olvido de agravios, una opinión común, y una igualdad de derechos. Más habiéndose faltado a estos principios, era forzoso caer en los escollos que habrían evitado. El origen pues, (por decir a usted algo) de esta abominable insurrección lo fijo yo en el atentado cometido con usted. Arrebatada entonces su autoridad, quedo ésta en poder, al arbitrio, al antojo, y no se diga al despotismo de los mismos usurpadores, que como todos ellos eran europeos, ya se deja entender, que con semejante separación, declararon su *bando*, o en otro sentido, su división de los americanos a quienes desde luego calificaron, y vocearon cómplices de usted sin reserva de ninguno, lo que era una manifiesta torpeza, y notoria injusticia. A la verdad habíamos muchos, o por lo menos todos los nobles de México (yo el primero) que sin con pruebas irrefragables; si con datos ciertos, de aquellos que forman la convicción del hombre sensato, prudente, y precavido, de la infidelidad de usted se nos hubiera convidado a la facción del 16 de septiembre de 1808, hubiéramos, sin la menor duda, sido los primeros ejecutores de ella, consiguiéndose así la representación legitima del pueblo, a quien por una falsedad ilusoria quiso atribuírsele, y cuya cualidad no pudo estar en trescientos hombres exóticos, emigrados los más; casi todos sin licencia; criminales muchos, y sin una sola de cuantas circunstancias son necesarias para llamarse un hombre patricio, y menos individuo de la respetable corporación que se denomina *pueblo*.

En esta maldita división, tan añeja en su origen cuanto lo es la conquista de Nueva España, división que daba motivo a unos celos continuos; a unas quejas elevadas en diferentes tiempos al soberano; esta división digo se declaró, y propagó al infinito con las prisiones hechas contemporáneamente a la de usted en sólo los criollos. A éstos se les tiraba, de éstos se decía cuanto hay malo; de ellos se sospechaba, y a ellos, se les iba aprehendiendo, por quítame allá esas pajas, y por meras fruslerías, ridiculeces y niñerías. El

objeto, en una palabra, era fascinar al gobierno de España, haciéndole creer que entre los criollos estaba el germen de deslealtad, que sembrado por usted en nuestros corazones, iba produciendo sazonado su fruto. ¡Calumnia atroz! pero necesaria de sostener, por los que no hallaban otro apoyo a sus inicuos proceder, sino la infidencia, que argüían hacia la nación y al soberano, a quien generalmente se ha guardado no sólo la lealtad debida, sino un positivo tierno, y compasivo amor, que lo respiran hasta las piedras de la Nueva España ¿Y usted cree que lo tengan así a Fernando 7º los europeos, habitantes de América? Estoy por decir a usted que un delito de lesa majestad, se habría disimulado; pero no el que se dijera que Garibay era un viejo inepto para el gobierno; que no debía estimarse por virrey sin nombramiento expreso del soberano, que no era otra cosa que un testaferro de los pocos oidores, que se habían alzado con el mando. Estas, y semejantes conversaciones, de las cosas que se nos metían por los ojos, eran los verdaderos delitos, que se castigaban, y sobre los que se andaban en una continua pesquisa, sin dejar vivir ni respirar a nadie, atacando con preferencia a las personas de distinción, y a los eclesiásticos, entre los cuales son muchísimos los que hemos visto, y aún permanecen en cárceles, destierros, y reclusiones, con sumo escándalo de la gente del país, que como usted sabe, es tan religiosa, y veneradora del sacerdocio.

Tan repetidos agravios, que con esta conducta se hacían a los derechos comunes, extendieron como era de esperar, el disgusto, y aversión secreta a este gobierno. Creció infinitamente al ver que el de ella dejó impune el atentado contra usted, y que lejos de reprehenderlo, todas las providencias que venían eran para fomentar el orgullo e insolencia del dominante partido. Vieron despojar con violencia del virreinato al benemérito, virtuoso, íntegro y pacífico arzobispo. Vieron jubilar al regente Catani, que como hombre de sano juicio, no quiso ser faccionario, ni entrar en molotes. Vieron a Villaurrutia llamado, a don

Joaquín Obregón depuesto de la lotería, sin publicación de causas, con otras mil cosas que convencían el vil concepto que allá se tenía de los americanos. Supieron por último, aun antes de la llegada del señor Venegas, las gracias que éste traía en ascensos, títulos de Castilla, y toda clase de honores para Garibay, Aguirre, Yermo, etcétera, etcétera, todos ellos de los que forman el partido americano, que aunque sean sujetos muy buenos, y sus procedimientos muy justos, basta que se les vea con odio general y se desconfie de ellos.

Es cosa notable, que la insurrección (en la cual creo estar comprendida toda la tierra adentro; al levantar su estandarte, ni dijera ni sostenga más que estos tres gritos. Viva Nuestra Señora de Guadalupe; viva Fernando 7^o; muera el mal gobierno. De parte de los cabecillas puede haber en esto alguna simulación; pero en la popularidad creo que no será así, sino que todos se mantienen fieles al rey; de donde yo infiero, que si este levantamiento se supiere manejar con la política que exigen sus delicadas circunstancias, todo se acabará pronto, así como soy de opinión contraria, siempre que se quiera aquietar a guerra viva.

El valor de los insurgentes, su brío, y entusiasmo es tal, que llegaron a intentar la ocupación de esta capital, donde por esta causa estuvimos muy afligidos en los últimos días del mes pasado y principios del corriente, en que su ejército, que según se calculó pasaba de 70.000 hombres, se aproximó tanto, que estuvo a menos de cinco leguas de aquí, después de haber apoderádose de Toluca, Lerma, y otros lugares cercanos. Un trozo de nuestro ejército se batió con ellos en el Monte de las Cruces, que está a la vista de México al poniente, y el éxito por más que se haya ponderado, fue muy contrario a nuestras armas; razón porque creímos que aumentarían su orgullo, y emprendieran el ataque de esta ciudad, donde quien sabe lo que habría sucedido respecto a su poca fuerza y al débil campamento que atropelladamente se formó en las calzadas de los paseos de Bucareli y Asanza. El público nada confiaba de tan pocas armas, y como por otro lado se temía que el populacho

(y el que no lo es) contribuyera con algún movimiento intestino, se aumentaban los recelos y aflicción.

Don Joaquín Obregón se halla en Jalapa esperando la coyuntura de un barco donde irse a ese puerto al llamado de la regencia. Es manifiesta la injusticia que a este sujeto se hace privándolo de su empleo, y obligándolo a un viaje peligroso sin saber la causa, que no debe ser tan grave, cuando se le lleva como reo. En su destino ha cumplido exactamente, quizá mejor que otros dependientes de Real Hacienda condecorados, y premiados. El delito único que yo reconozco en este infortunado amigo, es haber sido adicto a usted y uno de los acérrimos pregoneros de su inocencia. Lleva encargo de visitar a usted, a la señora y niños a nombre de mi mujer, hermana y mío, y contarle el pormenor de mis acontecimientos, que sólo a viva voz pueden referirse.

Mi mujer, hermana y yo repetimos nuestros verdaderos afectos a la señora virreina, Pilarita, y niños protestándose de usted su más apasionado fino amigo y seguro servidor que su mano besa— El marqués de Rayas.

LA EDICIÓN DEL TOMO I ESTUVO A CARGO DE

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Adriana Fernanda Rivas de la Chica
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO PAPIIT IN402602